

Hakim Bey

# ZONA TEMPORALMENTE AUTÓNOMA

y otros textos

Prólogo de Colectivo Antroposex



# INTERZONA



Hakim Bey

**TAZ**

Y otros textos



Prólogo de  
Colectivo Antroposex

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Bey, Hakim

TAZ: y otros textos / Hakim Bey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de

Buenos Aires: Interzona Editora, 2022.

208 p.; 21 x 13 cm. - (Zona de Traducciones)

Traducción de: Luke García.

ISBN 978-987-790-064-4

1. Ensayo. 2. Literatura Estadounidense. 3. Literatura.

I. García, Luke, trad. II. Título.

CDD 810

---

TAZ se publicó por primera vez en 1991 en Estados Unidos por Autonomedia

Primera edición en español por la marca editora, Buenos Aires, 1997

© Hakim Bey, 2022

© interZona editora, 2022

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Traducción: Luke García

Prólogo: Colectivo Antroposex

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Fernando Ozón

Ilustración de tapa: Estatua de madera construida para el evento Burning Man, desierto Black Rock, Nevada, EE.UU., foto de Mckay Jaffe

ISBN 978-987-790-064-4

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## HACERLE LUGAR AL LUGAR

Invitación a conformar una zona temporalmente autónoma

*todo menos natural  
primero el punto cero y lo último al final  
el resto en cualquier orden*

*todo es remix  
la cultura no es tu amiga  
nos aburrimos demasiado pronto*

*acumulamos comienzos  
cruzamos el abismo muchas veces*

*amamos la transcripción selectiva  
subrayar lo importante, nunca más leerlo  
interpretar la ficción a la que fuimos  
arrojadas*

*digo que pienso que sería interesante hacer  
versiones nuestras  
como decimos que llueve  
como decimos*

*liminalidad  
antideber antijerarquía*

*emancipar un espacio-tiempo  
anular el mapa  
siempre en la revuelta no en su sacrificio  
derribar en un segundo lo que nos separa*

*nos retiramos del problema del infinito*

*pactos efímeros*

*solas juntas*

*somos ahora*

*autónomamente*

*invisiblemente*

*la ternura radical*

*la violencia consentida*

*el vicio espiral*

*placer espontáneo*

*obsesionadas siempre*

*por un archivo del goce*

*capa tras capa*

*producir con libertad sin intención*

*fundamos inmediatamente algo que ya existíamos*

*si es necesario morder lo haremos*

*seguir la coyuntura*

*¿qué hace falta?*

*¿cuánto dura una interrupción, una intermitencia?*

*ahora*

*hacer un agujero más grande*

*una fiesta nómada  
juntarse decirlo todo  
cuando nos vemos somos más y estamos más cerca*

*dejarse mirar  
decir lo mismo  
trazar una estética de la frontera  
infiltrarnos en la multitud  
hacéarla escaparnos*

*alguien que vea desde afuera  
intercambiarnos el yo hasta borrarlo  
gestionar la distancia  
suspender el juicio  
perder el control  
la forma humana  
perderlo todo  
entregarnos a lo aleatorio de las posibilidades  
todo de nuevo  
todo a favor de algo*

## **Zonas**

¿Puede un acto de nominación hacer temblar aquello que nombra? A fines del siglo pasado, una lucidez dio nombre a una experiencia. Efecto de novedad sobre algo que se hunde, al fin de cuentas, en lo anterior. Su invención no era necesaria. Sin ese nombre, nuestros mundos serían igual de horribles o de bellos, en todo caso, parecidos a los que hoy tenemos o imaginamos tener. Ese nombre no es programático ni trafica a escondidas una agenda, no pretende completarnos y no tiene objetivos, metas ni una visión-misión, no trae un protocolo

ni esconde una verdad respecto de quiénes están más cerca de ella, no le interesa el Poder, sino apenas, quizás, poder algo. Ese nombre es el de *Zona Temporalmente Autónoma* o TAZ en su forma abreviada. No demanda definición porque, al fin de cuentas, todxs hemos jugado en nuestra niñez suspendiendo el tiempo en un ensueño compartido con otrxs, más allá de qué crueldades nos hayan vulnerado o de cómo haya sido que dejamos de ser niñxs. La persistencia del nombre, tres décadas después, nos da la pauta de que ese acto de nominación permitió captar algo de esa experiencia y darle un encuadre inesperado, un nuevo alcance, barajar de nuevo las asociaciones disponibles, reterritorialarla.

A su vez, la TAZ se encuentra estrechamente ligada al nombre propio de Hakim Bey, nombre del autor cuya firma acompaña los textos que integran este libro. ¿Quién es o quién fue Hakim Bey? Al momento de su conjura, Roberto Jacoby nos dice que se trata de una *entidad transpersonal postsituacionista*.<sup>1</sup> Más allá de lo que esto pueda tener de referencia para lxs versadxs en historia del arte, pareciera ser que lo primero que preocupa a Jacoby es que la tentación de meter a Hakim Bey en el corset biográfico de Peter Lamborn Wilson redunde en un empobrecimiento del pensamiento y las experiencias que pueden hacerse en torno a lo que esos textos articulan, cuidan y ofrecen. Hacemos nuestra esa preocupación, sobre todo porque pensamos que esa clave de lectura resulta mucho menos interesante que hacer de los textos una experiencia en el momento de su encuentro: qué le hace nuestra lectura al texto, qué nos hace la lectura del texto a nosotrxs, qué experiencia hacemos de nosotrxs mismxs al leer el texto. Se trata de una operación de lectura que, a la vez que no renuncia a una posición crítica, trata por todos los medios de no volverse policía en sus agenciamientos morales, en el modo en que se deja afectar por aquello que tal vez rechaza, en el momento de temblar frente a

1. Roberto Jacoby, *El deseo nace del derrumbe: acciones, conceptos, escritos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2018.



lo que le parece un exceso. En definitiva, que las inteligencias y los aciertos del pensamiento no pueden ser nunca reducidos a lo crudamente biográfico sin dejar escapar, a su vez, lo más valioso que estos ofrecen. Y que los nombres están ahí para ser usados, apropiados, reinventados. Y que los conceptos *no pertenecen* más que en la miseria imaginaria de quienes esperan ver sus nombres en citas de autoridad.

Se promete, entonces, un libro que sea una experiencia o al menos que tenga todo para poder llegar a serlo. Quizás sea desagradable, incómoda o perturbadora; también puede que sea, junto con lo anterior, un cambio de aire, una caricia a nuestra imaginación política estancada en su propio desencanto, un pensamiento inesperado dormido en un fraseo. Como en toda experiencia que se diga en sentido fuerte (es decir, como transformación de sí) hay algo que se pone en juego, que se arriesga: la posibilidad de salir heridx en un rincón de intimidad, de ver cómo tambalea la imagen que tenemos de nosotrxs mismxs, de vernos puestxs cara a cara frente a lo incómodo del propio deseo.

Muchas veces leemos cosas para reconfirmar, para poder pensar más sólidamente, lucidamente, certeramente lo que ya pensamos. Lecturas ya sabidas de antemano, nos prodigan los privilegios que vienen con la identidad, con la afirmación de sí, la sensación reconfortante de tener un lugar. Otra veces, las menos, leemos escrituras otras, a las cuales no podemos suscribir ni siquiera un mínimo vocabulario compartido. Lecturas enemigas, ajenas, impugnadas por y desde el principio. Son difíciles, no porque amenacen nuestras convicciones sino porque nos enojan o aburren infinitamente. Como la otra cara de la moneda, también estas lecturas buscan asentar el lugar en el que estamos, volverlo firme. Después, hay otras lecturas que se escabullen por el *entre* de estas polaridades, lecturas que no pueden ser domadas desde la oposición mismidad/otredad, de las que no es posible ni apropiarse enteramente ni volverlas enteramente ajenas. Que a la vez que nos hacen sentirnos concernidxs nos repelen, que nos dejan repensándolo todo a la vez

que nos quitan el privilegio de decir *acá hay un lugar donde descansar a resguardo*. No se trata de un punto en el que detenerse sino de un movimiento por hacer. Estas lecturas son exigentes y difíciles, no por eruditas o abstractas sino porque inducen un movimiento que no siempre preferiríamos hacer, apuntan y se despliegan, de algún modo, en ese punto de desacuerdo con unx mismx (momentos de balbuceos, de no saber, de dejá vamos viendo, de no sé qué pensar, de no sé qué me está pasando). En definitiva, de una lectura que en vez de venir a confirmar quiénes somos viene a ponerlo en cuestión. Una lectura que en vez de reafirmar *un* lugar, viene a predisponernos a que *algo* tenga lugar. Este hacerle lugar al lugar, como decía Jacques Derrida, es un modo de consentir algo que no puede ser previsto enteramente de antemano, es preparar escenarios, imaginarios y ocasiones para que *algo* (no sabemos qué) *pueda* (o no) *ocurrir(nos)*. Hacer de la lectura una experiencia, y no simplemente un modo de acceder a los discursos de lxs otrxs o a una visión del mundo, es dejarse afectar por una escritura sin tener que suscribir a una identidad, a la tentación de querer firmar ese texto como si lo hubiese escrito unx. Es disponer una apertura para que un escrito nos haga algo, tal vez evanescente y que no necesita otra justificación para haber sido que aquello que produjo en el transcurso mismo de la lectura, o quizás se trate de un acontecimiento cuyos efectos nos acompañen siempre. Se trata de entregarnos, irreverentes como al juego de la infancia, a la lectura como nos entregamos al coger, como se sale de fiesta con las amigas, en definitiva, como si en el acto de leer estuviese también la posibilidad de una TAZ.

Parodiando irresponsablemente a Spinoza podemos decir que nadie sabe lo que puede un libro. Precisamente nadie sabe lo que puede porque sus efectos están más allá de todo cálculo, nadie sabe lo que puede porque contiene la oportunidad de algo imprevisible, porque da lugar al lugar. Nosotrxs tampoco sabemos todo lo que puede este libro que hoy prologamos, cuáles serán sus destinos, qué

tipo de experiencias esperan a quienes se encuentren con él por primera vez, qué escándalos o indiferencias les prepara el porvenir. Por lo pronto, solo podemos dar testimonio en este escrito de los temblores que produjo en la instancia colectiva de nuestras discusiones en medio del agotamiento y el encierro pandémico.

## **Temporalmente**

¿Cuál es el tiempo de los imaginarios? ¿Cómo es que lo que llamamos tiempo y temporalidad se pone en juego al momento de imaginar mundos posibles, estrategias y modos de vida? ¿Cuál es la relación del pasado, del presente y del futuro con aquello que nos pone frente al mundo para pensarlo distinto de cómo es?

Así como el pensamiento utópico del no lugar floreció a la par de un proyecto de expansión colonial que acabó por cartografiar, reclamar y ocupar toda porción de la corteza terrestre, el pensamiento revolucionario hizo de la Historia y el tiempo futuro la razón profunda de su práctica política, mientras que el desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo daba forma al caracú de lo que somos, justamente, transformando la organización del tiempo.

Algunxs se han ocupado de hacer la lista (siempre inacabada) de estas transformaciones, que van desde la construcción de un tiempo formal y homogéneo al lugar de los periódicos en las sociedades industrializadas o el desarrollo de instrumentos técnicos que permitieron medir el tiempo con precisión. No hace falta recurrir a ella en estas páginas. Baste con decir que del reloj a la fábrica, de la escuela al calendario, el tiempo se ha vuelto una certeza que organiza no solo la totalidad de la vida social sino el principio mismo de nuestra subjetividad. Cada vez que miramos el reloj se corrige el pequeño abismo entre el tiempo de la experiencia (tiempo cualitativo de las cosas, vivencia del transcurrir, la duración de un estar en el mundo) y el tiempo formal-global que asegura la sincronía de no

importa qué acontecimiento. Los imaginarios políticos que agitaron la modernidad hicieron del no lugar y del tiempo porvenir (tiempo no presente) su horizonte y su promesa, mientras todo espacio era capturado a nivel global y todo tiempo presente era sometido a la reorganización de la explotación, la producción y el consumo.

Contra la promesa de la revolución y ante la constatación de que en este planeta no queda *terra incognita*, la TAZ se afirma espacial y temporalmente sin apelar a espacios otros o a tiempos futuros; la TAZ se afirma en los intersticios, en aquello que se sustrae el espacio de la pura visibilidad propia del control estatal sobre el territorio (el panoptismo también fue el sueño utópico del poder) y aquello que interrumpe, deshace y desquicia el tiempo homogéneo. Se trata de un aquí y ahora que sin embargo no puede ser reducido a una coordenada georeferenciada o a una medición temporal. La TAZ tiene siempre un momento y un lugar paradójicos puesto que cuando se la quiere señalar, ubicar, delimitar: desaparece, tal como cuando en la intimidad compartida se quiere señalar la belleza del silencio. ¿Cuánto dura una experiencia? ¿Cuánto dura una interrupción? ¿Cuál es el sentido de lo que titubea? ¿Dónde ubicar un temblor?

La TAZ es evanescente. No aspira a ninguna permanencia. Renuncia a las zonas que conquista, las deja caer, normalizadas; con la confianza de que reaparecerá donde nadie pueda esperarla. Aquí la figura de *la revuelta* afila su perfil. Hakim Bey nos dice: “Como las fiestas, las revueltas no pueden ocurrir todos los días –de otra forma no serían ‘extraordinarias’–. Pero momentos de intensidad como ese dan forma y sentido a toda una vida”.<sup>2</sup> Irrupción, acontecimiento, su valor es desbancar la continuidad del hartazgo, de lo esperable, de lo tranquilizador. Su duración es imposible (o intrascendente) puesto que solo cuenta en tanto corte. Interrupción en la que quizás pueda señalarse un instante de apertura, de indeterminación, un instante no clausurado cuya

2. Ver la página 126 en este mismo libro.

## CAOS

### LOS PASQUINES DEL ANARQUISMO ONTOLÓGICO

Caos nunca murió. Bloque primordial sin esculpir, único excelentísimo monstruo, inerte y espontáneo, más ultravioleta que ninguna ideología (como las sombras antes de Babilonia), la homogénea unidad original del ser todavía irradia serena como los negros pendones de los Asesinos, perpetua y azarosamente ebria.

Caos precede a todo principio de orden y entropía, no es ni Dios ni gusano, sus deseos insensatos abarcan y definen toda posible coreografía, todo éter y flogisto sin sentido: sus máscaras son cristalizaciones de su propia falta de rostro, como las nubes.

Todo en la naturaleza es perfectamente real, incluyendo la conciencia; no hay absolutamente nada de lo que preocuparse. No solo se han roto las cadenas de la Ley, es que nunca existieron; los demonios nunca guardaron las estrellas, el Imperio jamás se fundó, a Eros nunca le creció la barba.

No, escucha, lo que ocurrió fue esto: te mintieron, te vendieron ideas sobre el bien y el mal, te hicieron desconfiar de tu cuerpo y te avergonzaron de tu profesión del caos, se inventaron palabras de asco por tu amor molecular, te mesmerizaron con su indiferencia, te aburrieron con la civilización y con todas sus roñosas emociones.

No hay devenir, ni revolución, ni lucha, ni sendero; tú ya eres el monarca de tu propia piel; tu inviolable libertad solo espera completarse en el amor de otros monarcas: una política del sueño, urgente como el azul del cielo.

Despojarse de todos los derechos y dudas ilusorias de la historia exige la economía de una legendaria Edad de Piedra; chamanes y no curas, bardos y no señores, cazadores y no policías, recolectores de pereza paleolítica, dulces como la sangre van desnudos como un signo o pintados como pájaros, en equilibrio sobre la ola de la presencia explícita, sobre el ahora y siempre sin relojes.

Los agentes del caos dirigen candentes miradas a cualquiera que sea capaz de atestiguar su condición, su fiebre de *lux et voluptas*. Solo estoy despierto en lo que amo y deseo hasta el punto del terror; todo lo demás no es sino mobiliario amortajado, anestesia cotidiana, cagadas mentales, aburrimiento subreptil de los regímenes totalitarios, censura banal y dolor inútil.

Los Avatares del caos hacen de espías, sabotadores criminales del *amour fou*, ni altruistas ni egoístas, accesibles como niños, con los modales de los bárbaros, excoriados de obsesiones, desempleados, sensualmente perturbados, ángeles-lobo, espejos de contemplación, ojos como flores, piratas de todo signo y sentido.

Aquí estamos arrastrándonos por las grietas entre las paredes de la iglesia, Estado, escuela y fábrica, todos los monolitos paranoicos. Separados de la tribu por una nostalgia feraz escarbamos túneles tras las palabras perdidas, las bombas imaginarias.

La última acción posible es la que define la propia percepción, un cordón de oro invisible que nos conecta: baile ilegal en los pasillos del juzgado. Si hubiera de besarte aquí lo llamarían un acto de terrorismo; así es que llevémonos las pistolas a la cama y despertemos la ciudad a medianoche como bandidos borrachos celebrando con andanadas el mensaje del sabor del caos.

## Terrorismo poético

Bailes inverosímiles en cajeros automáticos por la noche. Despliegues pirotécnicos ilegales. *Land art*, obras terrestres como extraños artefactos alienígenas desperdigados por los Parques Naturales. Allana moradas pero en vez de robar, deja objetos poético-terroristas. Secuestra a alguien y hazlo feliz.

Elige a alguien al azar y convéncelo de ser el heredero de una inmensa, inútil y asombrosa fortuna –digamos cinco mil hectáreas de la Antártida, o un viejo elefante de circo, o un orfanato en Bombay, o una colección de manuscritos alquímicos–. Al final, terminará por darse cuenta de que por unos momentos ha creído en algo extraordinario, y se verá, quizá, conducido a buscar como resultado una forma más intensa de existencia.

Instala placas conmemorativas de latón en lugares (públicos o privados) en los que hayas experimentado una revelación o hayas tenido una experiencia sexual particularmente gratificante, etcétera.

Ve desnudo como un signo.

Convoca a una huelga en tu escuela o lugar de trabajo sobre las bases de que no satisfacen tus necesidades de indolencia y belleza espiritual.

El arte del grafiti prestó cierta gracia a los laidos subterráneos del metro y a los rígidos monumentos públicos; el terrorismo poético (TP) también puede ser creado para lugares públicos: poemas garabateados en los baños del juzgado, pequeños fetiches abandonados en parques y restaurantes, arte en fotocopias bajo el limpiaparabrisas de los coches estacionados, consignas en letras grandes pegadas por las paredes de los patios de recreo, cartas anónimas enviadas a destinatarios conocidos o al azar (fraude postal), retransmisiones piratas de radio, cemento fresco...

La reacción o el choque estético provocados por el TP en la audiencia han de ser al menos tan intensos como la agitación propia del terror –asco penetrante, excitación sexual, asombro

supersticioso, angustia dadaesca, una ruptura intuitiva repentina—no importa si el TP va dirigido a una sola o a muchas personas, no importa si va “firmado” o es anónimo; si no transforma la vida de alguien (aparte de la del artista) es que no funciona.

El TP es un acto en un Teatro de la Crueldad que no tiene ni escenario, ni filas de asientos, ni localidades, ni paredes. Para que funcione mínimamente, el TP debe desvincularse categóricamente de toda estructura convencional del consumo de arte (galerías, publicaciones, medios de comunicación). Incluso las tácticas situacionistas de la guerrilla del teatro callejero resultan ya demasiado conocidas y previsibles.

Una seducción exquisita —conducida no solo por la causa de la mutua satisfacción sino también como acto consciente en una vida deliberadamente bella— puede ser el TP definitivo. El terrorista poético se comporta como un estafador cuyo objetivo no es el dinero sino el CAMBIO.

No hagas TP para otros artistas, hazlo para gente que no repare (al menos por un momento) en que lo que has hecho es arte. Evita las categorías artísticas reconocibles, evita la política, no te quedes a discutir, no seas sentimental; sé implacable, arriégate, practica el vandalismo solo en lo que debe ser desfigurado, haz algo que los niños puedan recordar toda la vida —pero no seas espontáneo a menos que la Musa del TP te posea—.

Vístete. Deja un nombre falso. Sé legendario. El mejor TP está contra la ley, pero que no te atrapen. Arte como crimen; crimen como arte.

### ***Amour fou***

El *amour fou* no es una democracia social, no es un parlamento de dos. Las actas de sus reuniones secretas tratan de significados enormes aunque demasiado precisos para la prosa. Ni esto, ni aquello; su libro de emblemas tiembla en tus manos.



Naturalmente se caga en los maestros de escuela y en la policía, pero se burla de ideólogos y liberacionistas también; no es una habitación limpia y bien iluminada. Un charlatán topológico proyectó sus pasillos y parques abandonados, su decoración-emboscada de negro luminoso y rojo maniaco membranoso.

Cada uno de nosotros es dueño de la mitad del mapa: como dos potentados del Renacimiento definimos una nueva cultura con nuestra anatematizada mezcla de cuerpos, con nuestra emulsión de fluidos; las juntas imaginarias de nuestra ciudad-estado se desdibujan en nuestro sudor...

El anarquismo ontológico nunca volvió de su última excursión de pesca. Mientras nadie se infiltre en el FBI, a CAOS le importa poco el futuro de nuestra civilización. El *amour fou* (AF) solo se cría por accidente; su objetivo principal es la ingestión de la galaxia. Una conspiración para la transmutación.

Su único interés por la familia reside en la posibilidad de incesto (“¡críatelos tú!”, “¡cada humano, un faraón!”) —¡oh mi más sincera lectora, mi semejante, mi hermana!— y en la masturbación de un niño descubre oculta (como en la pelota de flores de papel japonesa) la imagen del desmoronamiento del Estado.

Las palabras pertenecen al que las usa solo hasta que otro las vuelve a robar. Los surrealistas se desgraciaron al vender el AF a la máquina fantasma de la abstracción; buscaron en su inconsciencia solo poder sobre otros, y en esto siguieron a Sade (que solo quiso “libertad” para que adultos blancos destriparan a mujeres y niños).

El AF está saturado de su propia estética, se colma hasta los propios bordes con las trayectorias de sus gestos, marcha con relojes de ángeles, no es el destino oportuno para comisarios y tenderos. Su ego se evapora en la mutabilidad del deseo, su espíritu comunal se marchita en el egoísmo de la obsesión.

El AF implica una sexualidad no ordinaria en la medida en que la brujería exige una consciencia no ordinaria. El mundo anglosajón posprotestante canaliza toda su sensualidad reprimida hacia la

publicidad y se escinde en turbas enfrentadas: mojigatos histéricos contra clones promiscuos y antiguos exsolteros. El AF no quiere unirse al ejército de nadie, no toma parte en las guerras de género, se aburre con la igualdad de oportunidades en el empleo (de hecho rehúsa trabajar para vivir), no se queja, no da explicaciones, nunca vota y nunca paga impuestos.

Al AF le gustaría ver gestar y nacer a cada bastardo; el AF prospera con ardidés antientrónicos; al AF le encanta que lo acosen los niños; el AF es mejor que una oración, mejor que la sinsemilla; el AF lleva la luna y las palmeras allá por donde va. El AF admira el tropicalismo, el sabotaje, el *break dance*, a Layla y Majnún, el olor de la pólvora y del esperma.

El AF es siempre ilegal, ya vaya disfrazado de matrimonio o de tropa de *boyscouts*; siempre borracho, ya en el vino de sus propias secreciones o en el humo de sus propias virtudes polimorfás. No es el trastorno de los sentidos sino más bien su apoteosis –no el resultado de la libertad sino su precondition–. *Lux et voluptas*.

## Niños salvajes

El insondable sendero luminoso de la luna llena; medianoche a mediados de mayo en algún Estado que empieza por “L”, tan bidimensional que apenas puede decirse que posea geografía en absoluto –los rayos tan urgentes y tangibles que tienes que cerrar las persianas para pensar en palabras–.

Sin duda escribir a los Niños Salvajes. Piensan en imágenes; la prosa es para ellos un código aún no enteramente digerido y osificado, tal como para nosotros nunca ha sido enteramente de fiar.

Puedes escribir sobre ellos, para que otros que hayan perdido la cadena de plata puedan reanudarse. O escribir para ellos, haciendo

de la HISTORIA y el EMBLEMA un proceso de seducción hasta tus propios recuerdos paleolíticos, una tentación barbárica de libertad (el caos tal como CAOS lo entiende).

Para estas especies de otro mundo o “tercer sexo”, les *enfants sauvages*, la fantasía y la imaginación aún no están diferenciadas. JUEGO desbocado: al mismo tiempo, la fuente de nuestro arte y del eros más raro de la estirpe.

Abrazar el desorden tanto como trampolín de estilo así como almacén voluptuoso, un fundamento de nuestra extraña civilización oculta, de nuestra estética conspiradora, de nuestro espionaje lunático; esta es la acción (encarémoslo) ya de un artista de algún tipo, o de un niño de once o doce años.

Esos niños traicionados por sus sentidos clarificados en un hechizo brillante de hermoso placer reflejan algo tiznado y feraz en la naturaleza de la propia realidad: anarquistas ontológicos natos, ángeles del caos; sus gestos y olores corporales retransmiten a su alrededor una jungla de presencia, un bosque de presciencia al completo con serpientes, armamento ninja, tortugas, chamanismo futurista, revoltijo increíble, meadas, fantasmas, sol, corridas, nidos y huevos de pájaros; agresión jubilosa contra los mayores de esos planos inferiores tan impotentes para englobar epifanías destructivas o creación en la forma de travesuras tan frágiles pero tan afiladas que podrían rebanar un rayo de luna.

Y aún así, los habitantes de estas dimensiones inferiores de poca monta creen sinceramente que controlan los destinos de los Niños Salvajes; y aquí abajo, tan crueles creencias de hecho esculpen la mayor parte de la substancia de los acontecimientos.

Los únicos que efectivamente desean compartir más que dictar el travieso destino de esos fugitivos salvajes o guerrillas menores, los únicos que pueden entender que amarse y desatarse son un mismo acto; esos son sobre todo artistas, anarquistas, pervertidos, herejes: una banda aparte (tanto entre sí como del mundo) o solo capaces de encontrarse como podrían hacerlo los niños salvajes,

intercambiando miradas a lo largo de la mesa en la cena mientras los adultos farfullan detrás de sus caretas.

Demasiado jóvenes para *choppers* Harley; cateadores, *break-dancers*, poetas apenas adolescentes de llanos pueblos de ferroviarios perdidos; un millón de chispas cayendo de los cohetes de Rimbaud y Mowgli; esbeltos terroristas cuyas estentóreas bombas se compactan con amor polimorfo y preciosos restos de la cultura popular; pistoleros punks soñando con ponerse pendientes, ciclistas animistas planeando en el anochecer de peltre por las calles de protección oficial de flores accidentales; bañistas gitanos fuera de temporada, sonrientes ladrones de tótems de poder, de monedas sueltas y cuchillos de hoja de pantera que miran de reojo –los intuimos por todas partes–. Publicamos esta oferta para cambiar la corrupción de nuestra propia *lux et gaudium* por su dulce y perfecta porquería.

Así que prestá atención: nuestra realización, nuestra liberación depende de la de ellos; no porque remedemos a la familia, esos “usureros del amor” que nos tiene rehenes de un futuro banal, ni al Estado que nos escolariza para hundirnos bajo el horizonte de eventos de una plúmbea “utilidad”, no; sino porque nosotros y ellos, los salvajes, somos unos imágenes de los otros, estamos atados y delimitados por esa cadena de plata que define el margen de la sensualidad, de la transgresión y la visión.

Compartimos los mismos enemigos y nuestros medios de escape triunfal son también los mismos: un juego delirante y obsesivo, impulsado por la brillantez espectral de los lobos y los niños.

## Paganismo

Constelaciones bajo las que virar EL rumbo de la nave del alma. “Si el musulmán entendiera el Islam se volvería un idólatra”, Mahmoud Shabestari.

Elegua, el abrepuertas malcarado del garfio en la cabeza y caracolas en los ojos, habano de santería negra y vaso de ron; el mismo que Ganesha, muchacho gordo de los comienzos con cabeza de elefante que viaja montado en un ratón. El órgano que siente las atrofas numinosas a través de los sentidos. Aquellos que no saben sentir una *baraka* no han de conocer la caricia del mundo.

El *Poimandres* de Hermes enseñó la animación de los eidolones, la mágica habitación de espíritus en los iconos; pero aquellos que no puedan celebrar este rito en sí mismos y en la totalidad de la fibra palpable del ser material solo heredarán melancolía, basura, ruina.

El cuerpo pagano se vuelve una Corte de Ángeles que entera percibe este lugar –esta misma arboleda– como el paraíso (“¡si hay un paraíso, sin duda está aquí!”, inscripción en las puertas de un jardín mogol).

Pero el anarquismo ontológico resulta demasiado paleolítico para la escatología; las cosas son reales, la brujería funciona, nos hechiza con la Imaginación, la muerte y la desagradable vaguedad –el argumento de *Las Metamorfosis* de Ovidio– una épica de la mutabilidad. El paisaje mítico personal.

El paganismo aún no ha inventado leyes –solo virtudes–. Ni sacerdocio, ni teología, ni metafísica, ni moralidad; sino un chamanismo universal en el que nadie obtiene verdadera humanidad sin una visión.

Comida, dinero, sexo, sueño, sol, arena y sinsemilla; amor, verdad, paz, libertad y justicia. Belleza. Dionisio, el muchacho ebrio en una pantera –exuberante sudor adolescente–. Pan el cabrero avanza a través de la tierra sólida por la cintura como si fuera el mar, su piel encostrada de musgo y liquen; Eros se multiplica en una pastoral docena de jóvenes granjeros desnudos de Iowa con los pies embarrados y zupia de charca por los muslos.

Cuervo, el estafador del potlatch, a veces muchacho, o vieja, o pájaro que robó la luna, agujas de pino flotando en un estanque,

## ÍNDICE

HACERLE LUGAR AL LUGAR	9
CAOS. LOS PASQUINES DEL ANARQUISMO ONTOLÓGICO	25
COMUNICADOS DE LA ASOCIACIÓN DEL ANARQUISMO ONTOLÓGICO	51
ZONA TEMPORALMENTE AUTÓNOMA	123
ZONA PERMANENTEMENTE AUTÓNOMA	179
ZONA PERIÓDICAMENTE AUTÓNOMA	185
ZONA NO-GO	193

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA